

ha visto en el asunto. Hanse empleado formas un poco rigurosas; pero ellas han destruído los lazos de la aristocracia. El comité ha podido sin duda reprobárselas; pero Lebon ha batido completamente á los aristócratas, salvando á Cambay. Por otra parte, ¿qué no es permitido al odio de un republicano contra la aristocracia? ¡Con cuántos sentimientos generosos no puede dorar un patriota lo que haya de duro en la persecución de los enemigos del pueblo! No se debe hablar de la revolución sino con respeto y de las medidas revolucionarias consideradamente. *La libertad es una virgen cuyo velo no se puede levantar sin ser culpable.*»

De todo esto resulta que Lebon fué autorizado para continuar en sus funciones, y que á Guffroy se le comprendió entre los censores importunos del gobierno revolucionario, quedando por lo mismo expuesto á compartir sus peligros. Era evidente que todo el comité quería el régimen del terror. Robespierre, Couthon, Billaud, Collot d'Herbois, Vadier, Vouland y Amar podían estar divididos entre sí respecto á sus prerrogativas y al número y elección de los colegas que debían sacrificar; pero hallábanse de acuerdo en cuanto al sistema de exterminar á todos aquellos que oponían obstáculo á la revolución. No querían que este sistema se aplicara con extravagancia por los Lebon y Carrier; pero sí que, á ejemplo de lo que se hacía en París, se hiciera desaparecer de una manera pronta, segura, y lo menos ruidosa posible, á los enemigos que creían conjurados contra la república. Vituperando ciertas locas crueldades, tenían el amor propio del poder, que no quiere reprobar á sus agentes; y aunque condenando lo que se hacía en Arrás y en Nantes, aprobábanlo en apariencia, para no reconocer un error en su gobierno. Arrastrados por esta senda funesta, avanzaban ciegamente sin saber adónde iban á parar. ¡Tal es la triste condición del hombre que se deja conducir al mal y no le es posible detenerse! Luego que principia á concebir alguna duda sobre la naturaleza de sus acciones y ve que se extraña, en vez de retroceder, se lanza más adelante á fin de aturdirse y alejar los resplandores que le cercan. Para contenerse sería necesario que se calmara, que se examinase y pronunciara contra sí mismo una sentencia terrible, para lo cual no tiene ninguno valor suficiente.

Sólo una sublevación general podía contener á los autores de tan terrible sistema, y en ella debían tomar parte los individuos de los comités, envidiosos del poder supremo, los montañeses amenazados, la Convención indignada y todos los corazones que se rebelaban contra aquella espartosa efusión de sangre; mas para llegar á esta alianza de la envidia, del temor y de la indignación, era preciso que la primera progresase en los comités, que el segundo fuera extremado en la Montaña, y que la tercera comunicase valor á la Convención y al público. Necesitábase que una oportunidad hiciera estallar todos estos sentimientos á la vez; era preciso que los opresores descargasen los primeros golpes, á fin de devolvérselos.

La opinión estaba dispuesta; llegaba el instante en que era posible un movimiento en nombre de la humanidad contra la violencia revolucionaria. Hallándose la república victoriosa y aterrorizados sus enemigos, se iba á pasar del temor y de los furios á la confianza y

á la piedad, y era la primera vez durante la revolución en que se hacía posible semejante acontecimiento. Cuando perecieron los girondinos y después los dantonistas, no era tiempo aún de invocar la humanidad, pues el gobierno revolucionario no había perdido aún ni su utilidad ni su crédito.

Esperando aquel instante, observábanse unos á otros, y se acumulaba el resentimiento en los corazones. Robespierre había dejado del todo de presentarse en el comité de salvación pública; esperaba desacreditar al gobierno de sus colegas no tomando en él parte alguna; y sólo asistía á los jacobinos, donde Billaud y Collot no osaban comparecer y donde era más adorado cada día. «En otro tiempo, decía (13 mesidor), la sorda facción que se formó con los restos de Danton y de Camilo Desmoulins, atacaba á los comités en masa; hoy prefiere hacerlo con algunos individuos en particular para destruir el conjunto. En otro tiempo no osaba atacar la justicia nacional; hoy se cree bastante fuerte para calumniar al tribunal revolucionario y el decreto referente á su organización; atribuye á un individuo solo lo que pertenece á todo el gobierno; se atreve á decir que el tribunal revolucionario se instituyó para matar á la Convención Nacional, y desgraciadamente ha merecido demasiada confianza. Se ha creído en sus calumnias, y se ha propagado con afectación; se habló de dictadura y se nombró; yo soy aquel á quien designaron, y os estremeceríais si os dijese en qué sitio. La verdad es mi único asilo contra el crimen. Seguramente que esas calumnias no me desaniman; pero me hacen vacilar respecto á la conducta que debo seguir; y hasta tanto que yo pueda decir más, invoco para la salvación de la república las virtudes de la Convención, las de los comités, las de los buenos ciudadanos, y las vuestras, en fin, que tan á menudo han sido útiles á la patria.»

Ya vemos con qué pérfidas insinuaciones comenzaba Robespierre á denunciar á los comités, atrayéndose á sí á los jacobinos, y pagábanle estas muestras de confianza con una adulación sin límites. Atribuíase á él solo el sistema revolucionario, y era natural que todas las autoridades revolucionarias le fuesen adictas y abrazaran su causa con valor. A los jacobinos debía agregarse el Ayuntamiento, siempre unido con ellos por sus principios y conducta, y también todos los jueces y jurados del tribunal revolucionario. Esta reunión formaba una fuerza bastante considerable, y con un poco más de resolución y energía, Robespierre hubiera podido llegar á ser muy temible: por los jacobinos disponía de un grupo turbulento, que hasta entonces había representado y dominado la opinión; con el Ayuntamiento mandaba sobre la autoridad local, que había tomado la iniciativa en todas las insurrecciones, y sobre todo en la fuerza armada de París. El corregidor Pache y el comandante Henriot, salvados por él cuando iban á reunirlos con Chaumette, le eran completamente adictos. Cierto que Billaud y Collot se habían aprovechado de su ausencia del comité para encerrar á Pache; pero el nuevo corregidor Fleuriot y el agente nacional Payán le eran igualmente fieles; y no se osó privarle de Henriot. Agréguese estos personajes al presidente del tribunal, Dumás; el vicepresidente Coffinhal, y todos los demás jueces y jurados, y se tendrá una idea de los medios con que Robespierre contaba en París. Si los comités y la Con-

vención no le obedecían, no tenía más que quejarse á los jacobinos, promover un movimiento, comunicarle á la municipalidad, hacer que ésta declarase que el pueblo entraba en el ejercicio de sus poderes soberanos, levantar las secciones, y enviar á Henriot á la Convención á pedir cincuenta ó sesenta diputados. Dumás y Coffinhal y todo el tribunal se hallaban después á sus órdenes para enviar á la muerte á los representantes de que Henriot se hubiese apoderado á mano armada. Robespierre tenía, pues, en sus manos todos los medios para repetir un 31 de mayo, más rápido, más seguro que el primero; y por eso le rodeaban é instaban sus partidarios y satélites para que diese la señal. Henriot ofrecía desplegar sus columnas, prometiendo ser más enérgico que el 2 de junio; pero Robespierre, que prefería hacerlo todo por la palabra y que creía poder aún mucho con ella, quería esperar. Confiaba en despopularizar á los comités por su retirada y sus discursos en los jacobinos, y proponíase además aprovechar un momento favorable para atacarlos abiertamente en la Convención. A pesar de su especie de renuncia, continuaba dirigiendo el tribunal, y ejercía una activa vigilancia por medio de la oficina que había instituído, espionando así á sus adversarios y enterándose de cuanto hacían. Buscaba, sin embargo, más distracciones que en otro tiempo; veíasele dirigirse á una magnífica casa de campo de una familia que le era adicta, en Maisons-Alfort, á tres leguas de París, y allí le acompañaban todos sus partidarios, incluso Dumás, Coffinhal, Payán y Fleuriot. Henriot iba á menudo con todos sus ayudantes de campo, cruzaban por los caminos á escape, marchando cinco de frente, derribaban á cuantos se encontraban al paso, y con su presencia difundían el terror en el país. Los amigos de Robespierre hacían sospechar por su indiscreción muchos más proyectos de los que meditaba y de los que hubiera tenido valor para acometer. En París le rodeaban siempre los mismos personajes; seguíanle de lejos algunos jacobinos ó jurados del tribunal, partidarios fieles que llevaban palos y armas secretas, é iban dispuestos á volar en su socorro al primer peligro: llamábanles sus guardias de corps.

Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere se encargaban por su parte de la dirección de todos los asuntos, y en ausencia de su rival, atraíase á Carnot, Roberto Lindet y Prieur de la Cote d'Or; un interés común los hermanaba con el comité de seguridad general, pero todos guardaban el más profundo silencio, y trataban de disminuir poco á poco el poder de su adversario reduciendo la fuerza armada de París. Contábanse cuarenta y ocho compañías de artilleros, pertenecientes á las cuarenta y ocho secciones, muy bien organizadas y que en todas circunstancias dieron verdaderas pruebas del espíritu más revolucionario, habiéndose declarado siempre por el partido de la insurrección desde el 10 de agosto á 31 de mayo. Un decreto prevenía que se dejara la mitad por lo menos en París, si bien permitiendo movilizar el resto de la fuerza. Billaud y Collot mandaron al jefe de la comisión del movimiento de los ejércitos que la fuese encaminando sucesivamente hacia la frontera. En todas sus operaciones se ocultaban mucho de Couthon, que no habiéndose retirado con Robespierre, los observaba cuidadosamente y les era ya muy incómodo. Entretanto Billaud, sombrío y atrabi-

liario, salía pocas veces de París; pero el ingenioso y voluptuoso Barrere iba á Passy con los principales individuos del comité de seguridad general, con el viejo Vadier, Vouland y Amar. Reuníanse en casa de Dupin, antiguo asentista general, famoso en el pasado régimen por su espléndida mesa, y en la revolución por el informe que condenó á los asentistas generales al cadalso. Allí se entregaban á todos los deleites con hermosas mujeres, y Barrere ejercitaba su ingenio contra el pontífice del Ser Supremo, el primer profeta, el hijo querido de la madre de Dios. Después de haberse divertido, desprendíase de los brazos de sus cortesanas para volver á París á luchar entre sangre y rivalidades.

Por su parte, los antiguos individuos de la Montaña que se conceptuaban amenazados, se visitaban secretamente, procurando entenderse. La mujer generosa que en Burdeos se había unido á Tallián, y que ya había salvado un sinnúmero de víctimas, le incitaba desde el fondo de su prisión á herir al tirano. A Tallián, Lecointre, Bourdón de l'Oise, Thuriot, Panís, Barras, Fréron y Monestier, se habían unido Guffroy, el antagonista de Lebon; Dubois-Crancé, comprometido en el sitio de Lyon y detestado por Couthon; Fouché de Nantes, que se había indisputado con Robespierre, y á quien tildaban de no haberse portado en Lyon patrióticamente. Tallián y Lecointre eran los más arrojados é impacientes; Fouché sobre todo se había hecho temible por su destreza en enredar y manejar la intriga, y contra él se desencadenaron más violentamente los triunviros.

Con motivo de una representación de los jacobinos de Lyon, en la que se lamentaban de su situación con los jacobinos de París, se recordó toda la historia de aquella ciudad desventurada. Couthon delató á Dubois-Crancé; como ya lo había hecho algunos meses antes; le acusó de haber dejado escapar á Perby, y lo hizo borrar de la lista de los jacobinos. Robespierre acusó á Fouché, imputándole las tramas que habían inducido al patriota Gaillard á darse la muerte, é hizo acordar que se le llamase á sincerar su conducta ante la sociedad. No eran tantos los manejos de Fouché en Lyon como sus amaños en París lo que el temeroso Robespierre quería castigar. Conociendo el peligro, Fouché escribió una carta evasiva á los jacobinos, y les suplicó que suspendiesen el juicio hasta que la junta, á la cual acababa de someter su conducta y de suministrar todos los documentos necesarios, pronunciase sentencia. «Es muy extraño, dijo Robespierre, que Fouché implore hoy el auxilio de la Convención contra los jacobinos. ¿Temerá quizá la vista y los oídos del pueblo? ¿Teme que su triste figura descubra el delito? ¿O recela tal vez que cuando se fijen en él seis mil miradas descubran su alma en sus ojos, y que se lean sus pensamientos á pesar de cuanto ha hecho la naturaleza para ocultarlos? La conducta de Fouché es la de un culpable; no podéis conservar más tiempo en vuestro seno; es preciso excluirle.» Fouché fué expulsado al punto, como acababa de serlo Dubois-Crancé. De este modo todos los días arreciaba con más fuerza el temporal contra los montañeses amenazados, y por todas partes iban cargando de nubes el horizonte.

En medio de esta borrasca, los individuos de los comités, que tenían á Robespierre, hubieran querido mejor explicarse y conciliar su ambición que empeñar

un combate peligroso. Robespierre había llamado á su joven compañero Saint-Just; y éste había vuelto inmediatamente del ejército. Propusieron una reunión para tratar de entenderse. Hízose Robespierre instar demasiado antes de consentir en una entrevista. Accedió por fin, y ambas juntas se reunieron. Mediaron quejas recíprocas y amargas, pues Robespierre, explicándose acerca de sí mismo con su acostumbrado orgullo, denunció secretos conciliábulos, habló de diputados conspiradores sin castigo, vituperó todos los actos del gobierno, y todo le pareció mal en administración, guerra y hacienda. Saint-Just apoyó á Robespierre, le elogió en gran manera, y añadió luego que la última esperanza de las potencias extranjeras se cifraba en desavenir al gobierno. Refirió cuanto había dicho un oficial hecho prisionero delante de Maubeuge. Esperábase, según aquel oficial, que un partido más moderado abatiese al gobierno revolucionario é hiciese prevalecer otros principios.

Saint-Just, apoyado en este hecho, hizo conocer la necesidad de hermanarse y de marchar acordes. Los antagonistas de Robespierre eran de este mismo parecer, y se avenían á entenderse, para quedar dueños del Estado; pero para ello se requería el consentimiento á cuanto deseaba Robespierre, y tales condiciones no podían convenirles. Los vocales de la junta de seguridad general se quejaron mucho de que se les hubiesen menoscabado sus funciones; y llegó á tanto el arrojío de Elías Lacoste, que dijo que Couthón, Saint-Just y Robespierre formaban una junta en las juntas, y aun se atrevió á pronunciar la voz de triunvirato. Conviniéronse, sin embargo, en ciertas concesiones recíprocas. Robespierre se avino á limitar su oficina de policía general á la vigilancia de los agentes de la junta de salvación pública, y sus contrarios en cambio consintieron en encargar á Saint-Just hiciese un informe á la Convención sobre la entrevista recién tenida. En este informe, como puede verse bien, no se debían manifestar las desavenencias que reinaban entre las juntas, sino hablar de las conmociones que acababa de padecer la opinión pública, y fijar la marcha que se proponía seguir el gobierno. Billaud y Collot insinuaron que no convenía hablar demasiado del Ser Supremo, por cuan-

to siempre les estaba haciendo sombra el pontificado de Robespierre. No obstante, Billaud, con un aire sombrío y poco insinuante, dijo á Robespierre que jamás había sido su enemigo; y se separaron sin verdadera reconciliación, pero aparentando algunas menos desavenencias que antes. Nada de realidad cabía en semejante reconciliación, porque las ambiciones seguían siendo las mismas; asemejábase á esos ensayos de transacción que hacen todos los partidos antes de llegar á las manos; era un verdadero *beso Lamourette*; se asemejaba á todas las reconciliaciones propuestas entre constituyentes y girondinos, entre éstos y los jacobinos, entre Dantón y Robespierre.

Sin embargo, si no puso de acuerdo á los diversos individuos de los comités, atemorizó mucho á los montañeses; creyeron que su pérdida sería la prenda de paz, y esforzándose por saber cuáles serían las condiciones del tratado. Los individuos del comité de seguridad general se apresuraron á disipar sus temores. Elías Lacoste, Dubarrán y Moisés Bayle, los mejores individuos del comité, les tranquilizaron diciendo que no se había acordado ningún sacrificio: el hecho era cierto, y también una de las razones que impedían que la reconciliación pudiera ser completa. Sin embargo, Barrere, que tenía mucho empeño en que reinase acuerdo, no dejó de repetir en sus informes diarios que los individuos del gobierno estaban del todo unidos, que injustamente se les había acusado de no estarlo, y que procuraban, por sus esfuerzos comunes, que triunfase la república en todas partes. Aparentó atribuir á todos las censuras dirigidas contra los triunviros, rechazándolas como calumnias culpables, lanzadas igualmente contra ambos comités. «En medio de los gritos de la victoria, dijo, circulan sordos rumores, óyense absurdas calumnias, se infiltran en los diarios sutiles venenos, se urden funestas tramas, prepáranse ficticios descontentos; y el gobierno, molesto sin cesar, hallando trabas en sus trabajos, entorpecido en sus movimientos, se ve calumniado en sus ideas, y amenazado en los que le componen. Sin embargo, ¿qué ha hecho?» Barrere añadía aquí la enumeración acostumbrada de los trabajos y servicios del gobierno.

CAPÍTULO XXII

Operaciones del ejército del Norte hacia mediados de 1794.—Toma de Ipres.—Formación del ejército del Sambre y Mosa.—Batalla de Fleurus.—Ocupación de Bruselas.—Últimos días del terror.—Lucha de Robespierre y de los triunviros contra los otros individuos de los comités.—Jornadas del 8 y 9 termidor.—Arresto y suplicio de Robespierre, Saint-Just, Couthón, etc.—Marcha de la revolución desde 1789 hasta el 9 termidor.

Mientras que Barrere se valía de todos sus esfuerzos para ocultar la discordia de los comités, Saint-Just, á pesar del informe que debía hacer, había vuelto al ejército, en el que ocurrían grandes sucesos, con motivo de haberse continuado los movimientos que se comenzaron á practicar en ambas alas. Pichegrú había proseguido sus operaciones sobre el Lys y el Escalda; Jourdan comenzó las suyas en el Sambre; el primero, aprovechándose de la actitud defensiva que Coburgo había tomado en Tournay, desde las batallas de Turcoing y de Pont-à-Chin, proyectaba batir á Clerfayt aisladamente; pero no osando avanzar hasta Thielt, resolvió dar principio al sitio de Ipres, con el doble objeto de atraer á sí á Clerfayt y de tomar dicha plaza, que consolidaría el establecimiento de los franceses en la Flandes occidental. Clerfayt, esperando refuerzos, no hizo movimiento alguno, y Pichegrú estrechó entonces tan vivamente el sitio de Ipres, que Coburgo y Clerfayt se creyeron obligados á dejar sus respectivas posiciones para ir en socorro de la plaza amenazada. A fin de impedir á Coburgo que prosiguiese este movimiento, Pichegrú mandó salir tropas de Lila, é hizo una demostración tan viva sobre Orchies, que Coburgo quedó detenido en Tournay; al mismo tiempo se corrió hacia Clerfayt, que avanzaba sobre Rousselaer y Hooglede; y sus movimientos, rápidos y bien combinados, le proporcionaron aún la ocasión de batir de nuevo á Clerfayt aisladamente. Por desgracia, una división equivocó el camino, y aquel jefe tuvo tiempo de volver á su campamento después de sufrir una ligera pérdida; pero á los tres días, el 25 pradiar (13 junio), reforzado con el destacamento que estaba esperando, se presentó de improviso á nuestras columnas con treinta mil hombres. Nuestros soldados corrieron precipitadamente á las armas; pero la división de la derecha, atacada con grande impetuosidad, se desbarató y dejó la división de la izquierda descubierta sobre la meseta de Hooglede. Macdonald mandaba aquella división, y supo sostenerla contra los ataques reiterados de frente y flanco á que por mucho tiempo estuvo expuesta; con esta valerosa resistencia, dió tiempo á la brigada Devinthier para incorporarse, obligando entonces á Clerfayt á emprender la retirada con pérdidas considerables. Era la quinta vez que este jefe, mal secundado, quedaba batido por nuestro ejército del Norte. Aquella acción, tan honrosa para la división Macdonald, decidió la rendición de la plaza sitiada: cuatro días después, el 29 pradiar (17 ju-

nio), Ipres abrió sus puertas, entregando las armas una guarnición de siete mil hombres.

Coburgo iba á marchar en socorro de Ipres y de Clerfayt, cuando supo que ya no era tiempo, y los acontecimientos que ocurrían en el Sambre le obligaron entonces á dirigirse hacia el lado opuesto del teatro de la guerra. Dejó al duque de York en la Escalda, á Clerfayt en Thielt, y marchó con todas las tropas austriacas hacia Charleroy. Era una verdadera separación entre las principales potencias, Inglaterra y Austria, que estaban bastante mal avenidas, y cuyos intereses, muy diversos, se pronunciaron aquí de una manera visible. Los ingleses permanecían en Flandes, hacia las provincias marítimas, y los austriacos corrían á sus comunicaciones amenazadas. Esta separación no aumentó poco su desacuerdo: el emperador de Austria se había retirado á Viena, disgustado de aquella guerra sin éxito; y Mack, viendo sus planos frustrados, abandonó de nuevo el Estado Mayor austriaco. Ya hemos visto que Jourdan llegó desde el Mosela á Charleroy en el momento en que los franceses, rechazados por tercera vez, repasaban el Sambre en desorden. Después de dar algunos días de descanso á las tropas, algunas de las cuales estaban desanimadas por sus derrotas, y las demás fatigadas por su rápida marcha, hízose algún cambio en su organización. De las divisiones Desjardins y Charbonnier y de las llegadas del Mosela formóse un solo ejército, que se llamó del Sambre y Mosa, que en número de unos sesenta mil hombres se puso á las órdenes de Jourdan. Una división de quince mil, mandada por Scherer, fué la encargada de guardar el Sambre desde Thuin á Maubeuge.

Jourdan resolvió repasar al punto el Sambre y asaltar Charleroy: la división Hatry recibió orden de embestir la plaza, y el grueso del ejército se situó alrededor para proteger el sitio. Charleroy está sobre el Sambre: más allá de su recinto hay una serie de posiciones en semicírculo, cuyas extremidades terminan en el río; pero son poco ventajosas, porque el semicírculo que describen es de diez leguas de extensión, están poco enlazadas entre sí, y tienen un río á la espalda. Kléber, con el ala izquierda, se extendía desde el Sambre hasta Orchies y Trasegnies, guardando el riachuelo de Pietón, que atravesando el campo de batalla iba á verterse en el Sambre. En el centro guardaba Morlot á Gosselies; Championnet avanzaba entre Hepignies y Wagné; Lefevre custodiaba á Wagné, Fleurus y Lambusart; y á la dere-